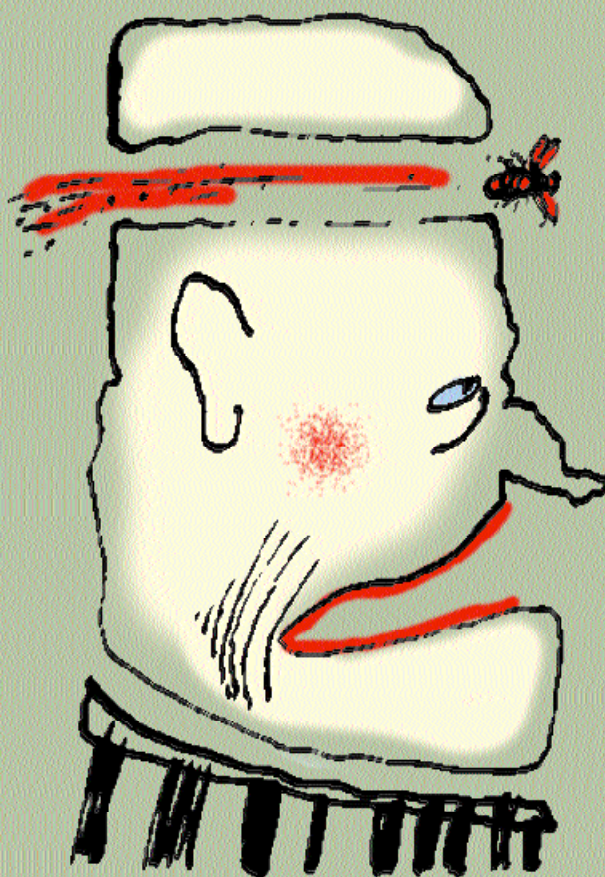
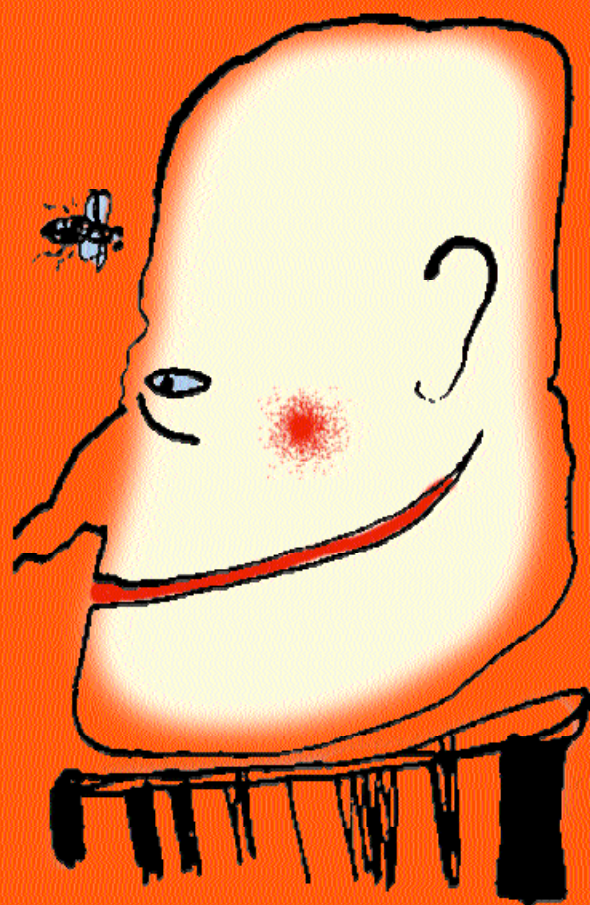


*Daniil Charms Prosa del otro*



**MALDOROR**



Daniil Charms

# PROSA DEL OTRO

*y otros textos de vanguardia*

Traducción:

Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título en lengua rusa:  
**Izbrannyye proizvedeniia**

Primera edición: 2009  
© Maldoror ediciones  
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 10: 84-934956-2-X

Maldoror ediciones, 2009  
maldoror\_ediciones@hotmail.com  
www.maldororediciones.eu

# *Prosa del otro*

*y otros textos de vanguardia*

Dibujos de Daniil Charms





## PROSA DEL OTRO

(1929-1941)

Qué extraño; qué inexplicablemente extraño: del otro lado de la pared, de esa pared, hay un hombre sentado en el suelo, sus largas piernas, estiradas, están enfundadas en sencillas botas y su rostro es malévol.

Bastaría con hacer un agujero en la pared, mirar a través de ella, y, al punto, veríamos a ese hombre malévol.

Pero no hay que pensar en él. ¿Qué representa? ¿Es una parte de esa vida muerta que, desde los vacíos imaginarios, habrá volado hacia nosotros? Sea lo que fuere, tanto peor para él.

22 de junio 1931







Ahora voy a contaros cómo nací, cómo crecí y cómo se manifestaron en mí los primeros síntomas de la genialidad. Yo nací dos veces. He aquí cómo ocurrió eso.

Mis padres se casaron en 1902. Sin embargo, no me trajeron al mundo hasta finales de 1905, porque mi padre deseaba que su hijo naciese exactamente en Año Nuevo. Él calculó que debía engendrarme el 1º de abril y sólo entonces intentó convencer a mi madre proponiéndole concebir un niño.

Mi padre hizo esas insinuaciones a mi madre una primera vez en 1903. Mi madre, que esperaba ese momento desde hacía mucho tiempo, se alegró terriblemente. Pero mi padre estaba visiblemente de un humor jocoso y no pudo evitar decirle: "¡Es una inocentada, claro!"

Mi madre se sintió terriblemente ofendida y no dejó que se acercase a ella ese día. Hubo que esperar al año siguiente. En 1904, el 1º de abril, mi padre se le insinuó a mi madre con la misma proposición. Pero, recordando lo que había sucedido el año precedente, mi madre declaró que no deseaba encontrarse una vez más en una situación estúpida, y no le dejó acercarse a ella. Mi padre se mostró condescendiente, y no hizo nada.

Sólo un año más tarde consiguió embarazar a mi madre y entonces sí, ésta pudo concebirme.

De tal modo, fui concebido el 1º de abril de 1905.

Sin embargo, todos los cálculos de mi padre se fueron a pique, porque resulté ser un aborto y nací cuatro meses antes de tiempo.

Mi padre se puso tan furioso que la comadrona que me asistió en el parto, completamente desconcertada, comenzó a introducirme por donde yo acababa de salir.

Un estudiante de la academia militar de medicina, amigo de la familia, que asistía a la escena, dijo que no sería posible meterme de nuevo en el vientre de mi madre. Sin embargo, a pesar de las palabras del estudiante, me metieron aunque, con las prisas, no por el sitio adecuado.

Entonces se formó un jaleo tremendo. La parturienta grita: "¡Denme a mi bebé!" Y le contestan: "Su bebé, lo tiene

dentro". "¡Cómo!" grita la parturienta, "¡cómo va a estar dentro de mí, si lo acabo de parir!"

"Pero quizá se equivoque" le dicen. "¡Cómo que me equivoque!" grita la parturienta, "¿es que acaso puedo equivocarme? ¡Yo misma he visto hace un instante a la criatura tendida ahí, en la sábana! "Es cierto", le dicen, "pero tal vez se haya metido por algún sitio". En una palabra, nadie sabe qué decirle, y ella monta un escándalo exigiendo que le devuelvan a su bebé.

Hubo que llamar a un doctor experimentado. El experto doctor reconoció a la parturienta y se quedó de una pieza; comprendió sin embargo de qué iba la cosa y le dio a la paciente una buena dosis de sales inglesas. A la parturienta le entró entonces una diarrea, y fue así como vine al mundo por segunda vez.

Mi padre de nuevo se puso furioso, diciendo que a aquello no podía llamársele un nacimiento... que no era un ser humano, sino un feto, que había que volver a meterlo por donde salió, o bien en una incubadora.

Entonces me pusieron en una incubadora.

25 de septiembre 1935.

## PERIODO DE INCUBACIÓN

Pasé cuatro meses en la incubadora. Sólo recuerdo que la incubadora era de cristal, transparente y equipada con un termómetro. En su interior, yo estaba tendido entre algodones. No recuerdo nada más.

Después de cuatro meses, me sacaron de la incubadora. Eso ocurría exactamente el 1º de enero de 1906. Así fue como si naciera por tercera vez. Desde entonces consideraron el 1º de enero como la fecha de mi nacimiento.

[1935]



## UN FRAGMENTO

Mamá, papá y la criada, que se llamaba Natasha, estaban sentados a la mesa y bebían.

Papá era sin duda un juerguista. Incluso mamá le miraba por encima del hombro. Pero eso de ninguna manera impedía a papá ser un buen hombre. Reía de buena gana y se balanceaba en su silla. Natasha, la criada, con cofia y delantal, se sentía molesta a todas horas. Papá le resultaba gracioso a todos con su barba, pero la criada, completamente turbada, bajaba la mirada, dando a entender con eso que estaba molesta.

Mamá, una mujer alta con un peinado voluminoso, hablaba con una voz de caballo que resonaba en el comedor, después repercutía en el patio y en las demás piezas.

Tras beber un primer vaso, todos se callaron un instante, luego comieron embutido. Un poco después, se reanudó la charla.

Súbitamente, de manera inesperada, llamaron a la puerta. Ni papá, ni mamá, ni la criada Natasha consiguieron adivinar quién podía ser.

– Qué extraño, dijo papá, ¿quién puede llamar a la puerta? Mamá puso una cara compasiva, se echó un segundo vaso que bebió sin invitar, y dijo: “Qué extraño”.

Papá no le hizo ningún reproche, pero se sirvió también un vaso, se lo echó al colete y se levantó de la mesa.

Papá no era alto. No como mamá. Mamá era una mujer enorme, fuerte, con una voz de caballo, mientras que papá no era más que su esposo. Además, y por si fuera poco, papá tenía pecas.

Llegó a la puerta de un solo paso y preguntó:

– ¿Quién es?

– Yo –dijo una voz tras la puerta.

La puerta se abrió al momento y entró la criada Natasha completamente confusa y ruborizada. Como una flor. Como una flor.

Papá se sentó.

Mamá se sirvió otro vaso.

La criada Natasha y la otra como una flor se ruborizaron de vergüenza. Papá las miró y no hizo ningún reproche, se contentó, igual que mamá, con beberse otro vaso.

A fin de calmar la desagradable sensación de ardor que tenía en la boca, papá abrió una conserva de pasta de cangrejo. Todos se pusieron muy contentos y comieron hasta la mañana. Pero mamá, sentada en su sitio, guardaba silencio. La situación era muy desagradable.

Cuando papá ya se disponía a cantar algo, golpearon en la ventana. Mamá, asustada, dio un brinco y se puso a gritar que había visto muy claramente cómo alguien miraba por la ventana desde la calle. Los demás intentaban convencerla de que eso no era posible, toda vez que se encontraban en el segundo piso, y nadie podía mirar por la ventana desde la calle y que para eso habría que ser un gigante o Goliat.

Pero a mamá se le había metido esa idea en la cabeza. Nadie en el mundo podía convencerla de lo contrario.

Para tranquilizarla, le sirvieron otro vaso. Mamá se lo bebió. Papá también se sirvió y bebió.

Natasha y la criada como una flor se habían sentado: turbadas, miraban al suelo.

– No puedo estar de buen humor cuando nos miran por la ventana desde la calle –exclamó mamá.

Papá, desesperado, no sabía cómo tranquilizar a mamá. Corrió incluso al patio para ver si era posible echar un vistazo por la ventana, aunque sólo fuese desde el primer piso. Por supuesto, no lo consiguió. Pero eso no convenció a mamá en absoluto. Ni siquiera vio a papá en la imposibilidad de llegar a la ventana, aunque sólo fuese la del primer piso.

Completamente desolado por todo aquello, papá se largó como una flecha hasta el comedor y se bebió dos vasos de golpe, tras haberle servido uno a mamá. Mamá se bebió su vaso, pero dijo que bebía únicamente porque estaba convencida de que alguien había mirado por la ventana.

Papá se quedó de una pieza.

– Mira –le dijo a mamá y, acercándose a la ventana, la abrió de par en par.

Un hombre con el cuello de la camisa sucio y un cuchillo en la mano intentó entrar por la ventana. Al verlo, papá cerró de un golpe la ventana y dijo:

– Aquí no hay nadie.

Sin embargo, el hombre del cuello sucio miraba al interior de la pieza a través de la ventana, y después incluso la abrió y entró.

Mamá estaba muy asustada. Se encontrada al borde de una crisis de histeria pero, tras beberse un trago que papá le sirvió con un champiñón como entremés, se calmó.

Papá también se recuperó pronto. Todos volvieron a sentarse a la mesa y continuaron bebiendo.

Papá cogió un periódico y se pasó mucho tiempo dándole vueltas tratando de encontrar dónde estaba la parte de abajo y dónde la de arriba. Pero se cansó de buscar, y como no la encontró dejó el periódico a un lado y se tomó un vaso.

– Está bien –dijo papá– pero aquí faltan los pepinos.

Mamá estalló en una risa de mala educación, caballuna, que turbó a las criadas, que no apartaban la mirada del dibujo del mantel.

Papá se tomó aún otro vaso y, después, agarró súbitamente a mamá y la sentó en el aparador.

La canosa mata del increíble peinado de mamá se enmarañó, en su cara aparecieron rojas máculas y, en una palabra, tenía la jeta muy excitada.

Papá se subió el pantalón y comenzó un brindis.

Pero en ese momento, la trampilla que había en el suelo se abrió y por ella salió un monje.

Las criadas se turbaron hasta tal punto que una de ellas se puso a vomitar. Natasha sujetaba la frente de su amiga, intentando de esa manera ocultar aquel horrible espectáculo.

El monje que había salido por la trampilla del suelo lanzó su puño contra la oreja de mi padre ¡y cómo le zumbó!

Papá se desplomó sobre la silla sin poder acabar su brindis. Entonces el monje se acercó a mamá y la golpeó desde abajo, bien con la mano o con el pie.

Mamá se puso a gritar y a pedir ayuda.

Entonces el monje agarró por el cuello a las dos criadas y las hizo girar en el aire antes de soltarlas.

Después, sin que nadie se diese cuenta, el monje desapareció bajo el suelo cerrando la trampilla tras de sí.

Durante largo rato, ni papá, ni mamá, ni la criada Natasha consiguieron reaccionar. Pero después, cuando volvieron a tomar aliento y se arreglaron un poco, cada uno se tomó un vaso y se sentaron de nuevo a la mesa para meterle el diente a la col picada.

Tras tomarse otro vaso, continuaron sentados charlando tranquilamente.

De pronto, papá enrojeció y se puso a gritar.

– ¡Qué! ¡Qué! –gritaba papá.– ¡Me tomáis por un mezquino! ¡Por un fracasado! ¡No soy un parásito! ¡Vosotros sí que tenéis poca vergüenza!

Mamá y la criada Natasha salieron corriendo del comedor y se encerraron en la cocina.

– ¡Vete con la música a otra parte, juerguista! ¡Largo de aquí, perdido ! –le susurraba mamá horrorizada a la pobre y conturbada Natasha.

Papá se quedó hasta la mañana vociferando en el comedor, después cogió su carpeta con documentos, se puso su gorra blanca y se fue modestamente al trabajo.

31 de mayo 1929.